

La música del viento

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA



La música del viento

JORDI SIERRA I FABRA

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA



Consulta el
MATERIAL DIDÁCTICO
de esta edición en
www.planetalector.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.
© del texto, Jordi Sierra i Fabra, 1998
© Editorial Planeta, S. A., 2003
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en esta colección: enero 2011
ISBN: 978-84-08-09908-6

Fotocomposición: Zero preimpresión, S. L.
Depósito legal: M. 50.727-2010
Impreso por Brosmac, S. L.
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

FICHA BIBLIOGRÁFICA

SIERRA I FABRA, Jordi

La música del viento, Jordi Sierra i Fabra ; 1ª ed. en esta colección – Barcelona: Planetalector, 2011

Encuadernación: rústica ; 224 págs. ; 13 × 19,5 cm –

(Cuatrovientos. A partir de 12 años)

ISBN: 978-84-08-09908-6

087.5: Literatura infantil y juvenil

821.134.2-3: Literatura española

Tratamiento: realismo. Tema: realidad social y derechos humanos

*Ésta es una historia imaginaria.
Sin embargo, Iqbal Masih es real,
existió. Este libro está dedicado a él
y a todos los que, para nuestra impotente
vergüenza, viven, vivieron o vivirán
como vivió y luchó él.*

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

RECUERDO

Huíamos a través de la noche.

Casi, incluso, a través del tiempo.

Porque de lo que escapábamos era de las tradiciones milenarias, la historia, la incultura, el dominio del débil a manos del fuerte, la intolerancia, la esclavitud...

Lacras arraigadas en el submundo de mi fascinante India.

Dios mío... mi fascinante India.

Un océano perdido, distante y remoto, sin costas a las que nadar. No creo que nadie se haya sentido más solo que yo en esos instantes, corriendo, corriendo.

Nada se movía, excepto nosotros.

Diez personas, nueve niños y un adulto. La gran evasión.

—¡Narayan!

—¡Por aquí!

El patio, el muro interior. Primero ella, después el resto. Yo se los subía y ella los pasaba al otro lado. Como plumas. Pese a ello, la opresión de mi pecho me impedía respirar.

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué estaba allí?

Si me cogían, ¿qué podía decir? Me encerrarían en una cárcel india y tirarían la llave. ¿Secuestro? Por lo menos. Mis hijos crecerían preguntándose por qué su padre había preferido a nueve desconocidos antes que a ellos.

Comencé a sudar.

Y de repente, ella retrocedió, volvió atrás.

—Narayan, ¿qué haces?

Me miró con sus intensos ojos cargados de luz.

—Yo vuelvo rápido.

—¡No!

—Vuelvo rápido, espere en calle.

¿Volvía rápido? ¿Adónde iba? Pensé que quería coger dinero.

—¡No necesitamos nada, sube!

—¡No!

Desapareció en el patio, saltó el segundo muro y la perdí en la oscuridad. No era más que una cría, pero era la jefa. Sin ella... Miré a mis ocho compañeros.

Llegué al nivel de la calle, al frente del pelotón, obedeciéndola casi por instinto, pero aún más por miedo. Mis ocho acompañantes, sin embargo, sabían qué estábamos haciendo. Los mayores ayudaban a los más pequeños. Había una extraña disciplina. Por raro que pareciese, formábamos un equipo. Y yo era su dios. El dios cuya promesa significaba la Libertad.

La noche en Madurai era silenciosa.

Al llegar a la esquina de la calle inicié la espera.

La más tensa, terrible, dramática y especial de las esperas de mi vida.

Fue en ese instante cuanto todo pasó por mi cabeza.

Minuto a minuto.

Como el condenado a muerte que ve llegar el fin y rememora su existencia.

En mi caso no era tanto. Sólo desde aquel día. Desde la llamada de mi primo.

Sí, los cinco peores minutos de toda mi vida.

Antes de que estallara la tormenta y las llamas del gran incendio nos empujaran de nuevo por las calles de la ciudad a mí y a mis... ¿liberados?

Alguien escribió una vez: «Si los pájaros no son libres de las cadenas del cielo, ¿qué pretendemos nosotros en la cárcel de la Tierra?».

—Estás loco —me dije antes de que volvieran las preguntas.

¿Por qué estaba allí?

¿Qué demonios hacía?

¿A qué jugaba?

No era un juego. Lo sabía.

Nunca lo fue.

Desde el mismo momento en que escuché la llamada de Martín.

La llamada de Martín, aquel día cargado de ocres...

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

Era un día como tantos de un octubre plagado de oces. Me gustan los octubres. Hay algo en ellos que invita a la reflexión y la serenidad después de la locura del verano y antes de la nueva locura que supone la Navidad. Hoy en día pasamos de preparar las vacaciones de verano a preparar el consumismo navideño. Así que octubre es una isla. Te recuperas de lo que acabas de vivir y aún no piensas en el pistoletazo de salida navideño que se desata ya en noviembre, en cuanto los grandes almacenes, las marcas de cavas y, sobre todo, las de juguetes, invaden las televisiones con sus «mensajes» de paz.

Hemos sustituido el «respira, así sabes que estás vivo», por el «consume, así sabes que eres feliz».

Pero no es de eso de lo que quiero hablaros.

Ese día de octubre cambiaron muchas cosas, incluso para mí, tan habituado a viajar de aquí para allá y meterme en líos dada mi condición de periodista.

Ese día de octubre sonó el teléfono, a eso de las doce de la mañana, y tuve que dejar de escribir el artículo que debía entregar por la tarde en la redacción de una revista que paga bien. Ya se sabe. Hay buenos trabajos que haces a gusto y están mal pagados y buenos trabajos que haces no tan a gusto pero que están bien pagados. Ése era de los bien pagados. Ayudan a vivir. Sobre todo cuando se trabaja *freelance*, o sea, independiente. Viejas secuelas de mis años hippies.

Descolgué el auricular y escuché la voz de Martín.

Martín es mi primo.

—¿Alberto?

—Caramba, el aparecido. ¿Qué hay? No sabía nada de ti desde la verbena de san Juan.

—Acabamos de volver de la India.

—¡Vaya, te decidiste! Me alegro, ¿qué tal?

—Tenías razón, es un mundo fascinante, aunque duro. Y ha pasado algo.

—¿Algo?

—Sí. ¿Podrías venir a casa esta noche? Cenamos, te enseño las fotos, aunque no sea nada que tú no hayas visto ya, y te hablo de ello. ¿Hace?

—No sé si Estrella tiene algún plan, pero por mí... de acuerdo. En caso de que no pueda, te llamo a mediodía, ¿te parece?

—De acuerdo.

—Oye.

—¿Qué?

—Me has intrigado.

—Ya, ya. Pues espera y verás.

Colgué el teléfono. Era verdad. Me había intrigado. Que Martín me intrigara tenía su parte de sorpresa. Mi primo es un buen tipo, pero... bueno, no es como yo. Ni mejor ni peor. Sólo diferente. Cada año solía irse de vacaciones en septiembre a visitar lugares típicos; yo le había

convencido de que debía cambiar de aires. Siempre hablaba de mi suerte, por conocer países exóticos y lejanos, yo le decía que a éstos puede ir igual que a Londres o Roma y hasta por el mismo dinero o menos. Claro que en algunos sitios, como el Tíbet o Papúa-Nueva Guinea, las condiciones de vida son duras. No en todas partes hay Hiltons o Sheratons. Dado mi amor por la India, le había sugerido que empezara por ahí si de verdad quería conocer un poco este mundo nuestro que nos ha tocado vivir. Y me había hecho caso.

Poco podía imaginar yo que eso iba a ser la causa de que volviese a la India antes de lo previsto y de que mi vida cambiase una vez más, aunque sólo fuese a nivel anímico, personal. Ese nivel íntimo que todos tenemos y llevamos muy dentro de nosotros y que en suma es el motor que nos permite seguir, vivir.

Saber y creer.

Cuando llegó Estrella, mi esposa, que es maestra, y le comenté lo de la invitación, no puso nin-